

El efecto Sánchez

Ética y política
en la era de la posverdad

Colección

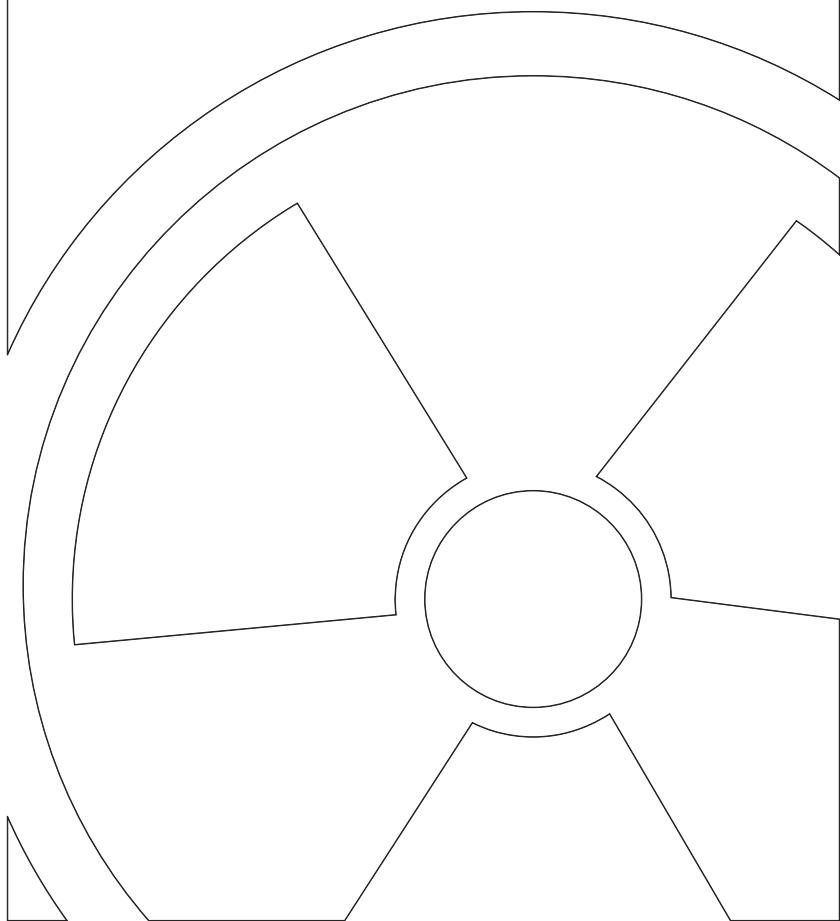
La espuma de los días

5

El efecto Sánchez

**Ética y política
en la era de la posverdad**

Juan Luis Cebrián



Título: *El efecto Sánchez. Ética y política en la era de la posverdad*

© Juan Luis Cebrián, 2024

© De esta edición, Ladera Norte, 2024

Primera edición: septiembre de 2024

Diseño de cubierta y colección: ZAC diseño gráfico

Detalle fotográfico de cubierta creado con IA

© Símbolo de presencia de radiación ionizante: Freepik

Publicado por Ladera Norte, sello editorial de Estudio Zac, S.L.
Calle Zenit, 13 · 28023, Madrid

Forma parte de la comunidad Ladera Norte:

www.laderanorte.es

Correspondencia por correo electrónico a: info@laderanorte.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones que marca la ley. Para fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra, dirjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos), en el siguiente enlace: www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-1290-210-5

Depósito Legal: M-16646-2024

Impreso en España

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad



Índice

Prólogo	11
El efecto Sánchez	17
Socialismo y libertad	19
Ética y política	23
Sánchez y el tamaño del elefante	26
El viaje a los Infiernos de Pedro Sánchez	30
Felonías políticas	34
Disculpa a la traición; premio a la culpa	38
Peligrosa expedición a la Tierra Firme	42
El realismo político del putiferio	46
Claves de razón práctica (Sobre políticos y filósofos)	50
<i>La commedia è finita</i>	54
Cataluña y la crisis institucional	59
La tregua y el consenso constitucional	61
El Estado, en busca del tiempo perdido	65
Cómo defenderse de un golpe de Estado	69
La bella y las bestias	74
El nacionalismo, enemigo a las puertas	78
Cataluña, entre la memoria y las urnas	82
El reencuentro	87
Un viaje en el tiempo desde Misisipi	91
Por una reforma de la Constitución	95
La monarquía parlamentaria y los valores republicanos	97
El sentido de la realidad	101
Reformar la Constitución para defenderla	105

La reforma del Estado	110
Corona y virus	114
Partidos políticos: ¿un mal necesario?	118
Un invento español: lo liberal	123
Fragilidad democrática y prensa libre	127
La prensa libre, frente a la posverdad	129
La democracia y el descalabro de las instituciones	133
La democracia de los idiotas	137
El poder y la gloria	141
Progresistas, extremistas y facciosos	145
La pandemia y sus consecuencias	149
Daños colaterales (y posibles beneficios) del coronavirus	151
Un cataclismo previsto	156
El Gobierno y los expertos	160
¿ <i>Apocalypse now?</i>	164
La construcción de la memoria	168
A propósito de un cuadro de Churchill	172
Fin de las noticias sobre el mundo	176
Pandemia, con «p» de política	180
Guerra en Ucrania	185
Ucrania, de Aristófanes a Kissinger	187
Elogio del neorrealismo político	191
La izquierda frente al Apocalipsis	195
A la conquista del Corazón del Mundo	199
Nostalgias de paz y proyectos de guerra	203
Cómo evitar una nueva guerra mundial	207
En defensa de Ucrania hasta la muerte... de los ucranianos	211

Europa y las dos Américas	215
Sacar las sucias manos del diccionario	217
Noticias de Europa	221
La diplomacia, entre la seducción y el abandono	225
Salvar al capitalismo de los capitalistas	230
Somos diferentes. Somos uno	234
Un psicópata en la Casa Blanca	238
Entre el miedo y la necesidad	242
La carga del Hombre Blanco	246
La metamorfosis de la democracia	250
La política como rama de la psiquiatría	254
Nixon en América	258
Obras citadas	263

En memoria de Jesús de Polanco.

Prólogo

Contra Sánchez y contra Trump

«**T**odo demagogo necesita un enemigo». Esta frase de Jorge Volpi, en su célebre y admirable panfleto *Contra Trump*, ha inspirado muchas de mis reflexiones publicadas en la prensa o compartidas en conferencias y debates, meditaciones que ahora recojo en este libro. En España también nos gobierna un demagogo. Como Trump, intenta ocupar y manipular al Poder Judicial. Como Trump, que agitaba a los revoltosos armados que asaltaron el Capitolio, acaba de legitimar el uso de la violencia en el debate político, amnistiando a quienes generaron graves disturbios, incendiaron vehículos, atacaron a la policía, retuvieron a las autoridades judiciales, destruyeron comercios y generaron temor, angustia, y quizá terror, en las calles de Barcelona para protestar por la sentencia contra los sediciosos separatistas. Como Trump, es capaz de decir una cosa y la contraria, de mentir a los demás y mentirse a sí mismo, y de propalar hechos alternativos frente a la verdad desnuda. Como Trump, es el rey del relato frente al análisis de la realidad, por testaruda que ésta sea. Como Trump, es un ídolo para sus seguidores al margen de cualquier juicio crítico o ponderativo. Como Trump, su principal proyecto político es su instalación y mantenimiento en el poder sin reparar en métodos. Y como Trump tiene una gran capacidad de resistencia ante las adversidades. Por eso, como Trump, acostumbra a considerar enemigos a quienes simplemente discrepan de él. Muestra, empero, una diferencia estética y formal con el psicópata que un día ocupó la Casa Blanca y quizás lo haga de nuevo tras las próximas elecciones. Frente al desmelenamiento del americano, él luce un palmito que encandila a muchos y muchas de sus admiradoras.

Por lo demás, su falta de empatía, propia de un hombre sin sentimientos, es tan grande que logra empañar sus resultados electorales pese al discurso demagógico que interpreta sin piedad alguna para con su partido.

Este texto no es sin embargo ningún intento de literatura panfletaria, género que admiro, pero para el que no me siento suficientemente dotado. Lo constituyen una selección de entre mis cientos de artículos publicados en *El País* de Madrid —que fundé como director— después de retirarme de la gestión de su empresa. Comencé mis trabajos en el periodismo profesional hace más de sesenta años y no he tenido otro oficio que el de fabricar periódicos y revistas a lo largo de toda mi vida. Ello me ha permitido ser testigo privilegiado de la vida política de nuestro país, hoy en día tan desquiciada. El resumen de las tesis que insistentemente he propagado durante décadas lo expuse en un artículo que apareció en el suplemento especial del diario en el cuarenta aniversario de la proclamación de la Constitución de 1978: «La única manera de defenderla —decía— y de que perviva otras cuatro décadas, es reformarla». Punto cardinal de esa reforma debía y debe ser el título 8 del texto, referente al Estado de las autonomías, cuya vocación ineludible es la de convertirse en un Estado federal. Pero añadía que «la fragmentación actual, la brutalidad del lenguaje, la desunión de los partidos llamados constitucionalistas y la mediocridad de los liderazgos hacen hoy imposible el mínimo consenso necesario para proceder a la tarea».

Sánchez se había hecho cargo del Gobierno de España seis meses antes de publicar esas líneas. Su atribulada gestión frente a los serios problemas a combatir, a los que se sumó la pandemia, no ha hecho con los años sino empeorar las cosas. De modo que no sé si será contra Sánchez como podremos solucionarlas, pero resulta palmario que con él no hay solución posible. La polarización ha pervertido y contagiado a los medios de comunicación y muestra ya preocupantes evidencias en el comportamiento de la calle. La respuesta la ha dado, de manera nada ingenua, el jefe de la oposición. Según él, la clase política española es la peor

que hemos tenido desde hace casi medio siglo, y no excluye a su partido. Diagnóstico más que demostrado después de escuchar a los portavoces de los dos partidos mayoritarios; analizar el currículum del secretario de Organización del PSOE; soportar las soflamas del ministro de Transportes; asombrarnos ante el hisiterismo elocuente de la vicepresidenta o la ministra de Igualdad y los insultos gratuitos de un buen número de senadores populares; o sufrir la desvergüenza de los nacionalistas, incluidos los que ampararon a vulgares asesinos políticos. Este no es sólo un problema patrio. La clase política en general, la de las democracias en particular, es manifiestamente mejorable y lo que está fracasando es el sistema de representación.

Nuestros dirigentes no pueden alegar inocencia ante la crispación creciente de la sociedad, animada y promovida por los medios de comunicación, financiados unos, amenazados otros, o financiados y amenazados a un tiempo, por el poder. Las confrontaciones cívicas auspiciadas por éste han sido históricamente una de las lacras sociales que padecemos. El ejercicio de la censura y la manipulación de la prensa, en todas sus formas y categorías, ha caracterizado el comportamiento de nuestros gobernantes independientemente de la etapa histórica a la que queramos referirnos. La falta de diálogo entre los diferentes es el origen fundamental del deterioro de la política, convertida en espectáculo de pésima calidad, cuando no en prácticas mafiosas como los casos de corrupción demuestran. Estos tienen que ver de ordinario con el insaciable apetito de financiación de los propios partidos o los sindicatos, y aún con la liberalidad interesada de los Gobiernos, dispuestos a fomentar subvenciones de todo tipo, a personas e instituciones, con el pretexto de combatir desigualdades sociales.

En cuanto a los medios, la pasión censoria e intervencionista de nuestros gobernantes tuvo una limitada tregua al comienzo de la Transición hasta la victoria de Aznar en 1996. La verdadera y casi única liberalización la protagonizó el PSOE de la época, durante el llamado felipismo. El Gobierno se despren-

dió de la prensa pública, vendiéndola las más de las veces a grupos o empresas de escasa o ninguna conexión con ideologías de izquierda, y concedió cadenas de radio y televisión a empresas privadas. No digo que en esas decisiones no existieran motivos ligados a intereses políticos o empresariales. Es sabido que la entrega a Berlusconi de lo que hoy es Tele 5 se debió a las presiones del primer ministro italiano Bettino Craxi, que acabó fugándose a Túnez acusado de corrupción. Pero en conjunto primaron criterios profesionales transparentes y de utilidad pública.

La llegada de Aznar inauguró una época de ataques a la libertad de expresión e intervenciones directas. El famoso caso Sogecable, diseñado para combatir desde el Gobierno la influencia de *El País*, la SER y el grupo Prisa, llevó a la imputación de delitos tanto a Jesús Polanco, su presidente, como a mí mismo, hasta que recusé al juez instructor, que posteriormente fue expulsado de la carrera, condenado por prevaricador. Tras la victoria de Rodríguez Zapatero la relación con los medios cambió de signo pero no de intensidad en su espíritu censor. «Bambi», según apodo de sus propios compañeros, llegó a la poltrona presidencial gracias a la estupidez de los populares, que atribuyeron mendazmente la masacre del 11-M a ETA. Pero ZP, cuyo egocentrismo despuntó en el diseño del logo con las dos primeras consonantes de su segundo apellido, se dedicó a favorecer a amigos y allegados en la concesión de televisiones y amparó las operaciones de la compañía Mediapro, cuyo principal accionista y gestor fue después dadivoso financiador del independentismo catalán. La paranoia monclovita llevó a que el propio secretario de Estado de Comunicación se encargara personalmente de la promoción del diario *Público* y hasta del reclutamiento de algunos de sus profesionales. Se trataba, según el presidente, de hacer un periódico verdaderamente de izquierdas frente a la supuesta deriva conservadora de *El País*. Los fundadores de éste siempre quisimos hacer un buen periódico a secas, un diario independiente, afecto a las ideas y aún los ideales progresistas, pero nunca un boletín de propaganda de nadie. Ese sentimiento liberal progresista, que sos-

tuvo en el poder a la socialdemocracia durante casi tres lustros, ha desaparecido en el PSOE. También en el diario *El País*, cuyo accionista de control es un fondo buitres tras el que se amparan desconocidos inversores.

Habrà quizá quien piense que estas afirmaciones son fruto de un despecho causado por mi reciente y fulminante despido como colaborador del periódico que ayudé a fundar hace casi cincuenta años y de la Presidencia de Honor de su empresa, empleos que nunca solicité. Pero el único despecho que siento es el que me causa ver convertido en monaguillo del poder a un diario liberal cuya lucha por la libertad de expresión y la consolidación de la democracia fue un esfuerzo colectivo que costó incluso vidas humanas. La verdad es que proliferan por doquier los intentos de manipulación favorecidos por la crisis de las empresas de medios. Hasta el punto de infiltrarse en ellas a través de fondos oportunistas, o a cambio de favores y conexiones de todo género. Semejantes operaciones han contribuido y contribuyen a dar altavoz a las chorradas e insultos entre oposición y Gobierno, por no hablar de la endiablada influencia de las redes sociales en la formación de la opinión pública. Hay más periodistas contratados por organizaciones de todo género, cuya misión es evitar que se publique algo que moleste a sus jefes, que periodistas dedicados a descubrir y difundir informaciones contrastadas y opiniones rigurosas que algún poderoso pretende silenciar. Por eso en este tiempo aciago y difícil es preciso reconocer y apoyar el trabajo ímprobo que tantos colegas míos tienen que llevar a cabo para denunciar las corrupciones que el poder silencia, sin más argumento que la amenaza o el soborno.

Habrà que recordar a Sánchez, que no parece un gran lector, lo que Indalecio Prieto, socialista insigne, dijo hace más de un siglo en un encuentro con militantes de su partido: «Acaso en España no hemos confrontado con serenidad las respectivas ideologías para descubrir las coincidencias, que quizá fueran fundamentales, y medir las divergencias, probablemente secun-

darias, a fin de apreciar si éstas valían la pena de ventilarlas en el campo de batalla». El presidente del Gobierno ha sido y es el rey de la polarización. Si no rectifica, será también su víctima.

Espero que el lector disfrute y sufra a la vez con los textos aquí recogidos y que sirvan al menos para incoar debates, discusiones, y hasta pacíficas reyertas sobre si al final la única solución será ir directamente contra Sánchez, o bastará con enviarle a la fonda del olvido.

El efecto Sánchez

Socialismo y libertad

«¿Libertad para qué?». Esta pregunta se la oí a un joven diputado del PSOE en el único debate político digno de tal nombre que he visto en las televisiones españolas en tiempos recientes. Habían convocado a representantes de las juventudes de los diversos partidos a fin de demostrar que eran menos broncos, mejor educados y más tolerantes que sus empoderados jefes. Efectivamente ésa es la impresión que dieron, restaurando a su modo el buen nombre de la política y hasta el del periodismo, tan enfangados por mitineros, tertulianos y sus estúpidas vociferaciones. Por lo demás, la reflexión sobre la libertad se hacía al hilo de la victoria abrumadora de Isabel Díaz Ayuso en las elecciones madrileñas, a las que había concurrido con dicho eslogan, el mismo que utilizó el PSOE en los primeros comicios de la Transición española («Socialismo es Libertad»).

«¿Libertad para qué?». Quien así se expresaba conocía sin duda que esta fue la interrogante planteada por Lenin hace un siglo al diputado socialista y eximio intelectual Fernando de los Ríos. No sé si recordaba en cambio la respuesta de éste: «Libertad para ser libres». *La libertad de ser libres* es de igual modo el título de un opúsculo de Hannah Arendt, en cuyo texto se pone de relieve que la libertad ha sido la bandera de todas las revoluciones, victoriosas o fracasadas. Pero, pese a tan noble enseñanza, las revoluciones que ella llama distorsionadas acaban, las más de las veces, convertidas en regímenes despóticos. La Unión Soviética y sus satélites en el pasado, Nicaragua, Cuba o Venezuela en el presente, son buen ejemplo de ello. La lucha por la libertad constituye no obstante el más poderoso incentivo para quienes aspiran a promover cambios sustanciales en la vida de las personas. Es un ensueño noble cuya definición no depende

del para qué sino del por qué: la confrontación contra un poder establecido que se considera injusto.

Viene esto a cuento de la resaca de los comicios madrileños y la reacción de los dirigentes del PSOE y el Gobierno de Sánchez tras su monumental derrota. En vez de intentar un análisis de sus causas y procurar una reflexión, se han dedicado a insultar a los electores, ridiculizar a los elegidos y hurtarse a debatir sobre si el 5 de mayo marca o no un punto de inflexión en el devenir de la socialdemocracia española, pilar esencial hasta hace sólo un par de años de nuestra estabilidad democrática.

La alegación de que lo sucedido en Madrid no es extrapolable revela el miedo y la inseguridad que permea hoy el aparato del partido, sometido hasta la irrisión a las consignas de la Moncloa. Sus dirigentes parecen cada vez más alejados de lo que en tiempos del franquismo definíamos irónicamente como la funesta manía de pensar, tan funesta que entonces te conducía a las tinieblas exteriores. Lo mismo que ahora, pues precisamente por pensar quieren expulsar del PSOE a Joaquín Leguina, luchador histórico contra la dictadura, con un pedigrí democrático que para sí quisieran muchos en el banco azul; o a Nicolás Redondo, portador de un apellido mítico en el movimiento sindical socialista, cuyo líder no fue expulsado, que se sepa, cuando se opuso con estruendo a la reconversión industrial del Gobierno González.

Naturalmente que lo sucedido en Madrid puede ser extrapolable al resto de España. Aunque en realidad sucede al revés: más bien parece la consecuencia, y no la causa, de la deriva hacia la nada de las bases del movimiento socialdemócrata, tanto aquí como en Europa. En nuestro caso, fue contenida tímidamente en las últimas elecciones generales, pero de nuevo hoy el PSOE se asoma hacia el abismo. Prisionero de la política errática y oportunista del Gobierno, cualquiera podría darle un empujón si se descuida: los demócratas conservadores o el emergente partido verde, que pugna por apartarse de comportamientos sectarios a medida que la dirección socialista se atrinchera en ellos.

Los socialdemócratas europeos tienen motivos para preocuparse. En Francia, en Italia, en Grecia, sus partidos se han disuelto sin que ni siquiera nadie haya querido guardarles el luto. En Alemania su supervivencia ha sido apuntalada por la colaboración con la democracia cristiana, pero se enfrenta ahora a la amenaza de los verdes. Hasta el *labour* británico parece desorientado frente al histrionismo de Boris Johnson. Pedro Sánchez acostumbra a presumir de que el socialismo ibérico es el último bastión socialdemócrata del continente, pero debiera ser más cauto en sus declaraciones dada la frenética sangría de votos que en las recientes elecciones autonómicas (Galicia, Euskadi, Madrid) ha experimentado; y convendría no sobrevalorar su pírrica victoria en Cataluña, toda vez que el partido más votado en esos comicios fue la abstención.

Al margen de las anécdotas, tan repetidas, que ponen de relieve el apartamiento de la Moncloa respecto a las preocupaciones y anhelos de los ciudadanos, conviene preguntarse sobre qué debería hacer ese partido para intentar recuperar su antiguo fuste. La respuesta es fácil de encontrar en su propia memoria histórica. Felipe González anunció la renuncia al marxismo del PSOE veinte años después de que lo hubiera hecho el SPD alemán. Se inauguraba así una etapa de relevancia socialdemócrata en la construcción de la democracia española. Aunque algunos no lo entiendan, éste fue un movimiento verdaderamente revolucionario en la medida en que construyó un orden nuevo que encarnaba, parafraseando a Arendt, «la experiencia sin igual de ser libres para emprender un nuevo comienzo». Pocos años después, en una revista del partido dirigida por José Félix Tezanos cuando era todavía un sociólogo prestigioso y no un mercenario del poder, Willy Brandt definía con precisión y acierto la misión del socialismo democrático: proteger los derechos humanos mediante la construcción de una sociedad abierta que combinara el ejercicio de tres derechos fundamentales: la concepción liberal de la libertad, incluida la individual; la participación democrática; y los derechos sociales que garanticen la igualdad

(de manera urgente y prioritaria la total equiparación social de hombres y mujeres). Sobre estos principios se construyó el consenso constitucional de 1978, amenazado ahora por el cainismo, la polarización y la incompetencia de las clases dominantes. Un desastre sanitario, económico y social como el que venimos padeciendo representa, queramos verlo o no, una auténtica emergencia humanitaria, también en los países desarrollados. Por eso es tan lamentable el aberrante comportamiento que el Gobierno y el principal partido de la oposición continúan protagonizando, con una cortedad de miras y un aferramiento a sus privilegios tan evidente como detestable.

El Partido Socialista ha sido, al menos hasta la llegada al poder de su actual equipo, un elemento esencial para la estabilidad política, el progreso y la justicia social en nuestro país. Su debilitamiento amenaza no sólo su futuro, sino el de todo el sistema y el de la izquierda política en general. Sus dirigentes deben atreverse a mirarse al espejo y comprender que en realidad Madrid no ha votado tanto a favor de la derecha, como contra el autismo y la incompetencia del poder central. Frente a lo que creía Gabi-londo, el problema no era tanto *este* Podemos, como *este* PSOE, del que él mismo ha acabado siendo víctima. Un problema de liderazgo y de convicciones morales. Para tratar de recuperar ambas cosas, y de paso el favor del electorado, deberían sus militantes escuchar a los intelectuales en vez de acusar de revisionistas a quienes no piensen como ellos. Aprenderían así los más jóvenes el obvio significado de la libertad que hoy disfrutaban gracias a gentes como Leguina, y huirían de folclóricas alusiones al libertinaje. No vayan a incurrir en idéntica concepción a la de la dictadura franquista y el integrismo católico, cuando sus ideólogos reclamaban «libertad, sí, pero libertad para el bien». El bien, claro está, definido como tal por el poder constituido.

El País, 17/05/2018